

CAPITULO V.

De como en el mundo se ama hasta lo que no se conoce.

En elegante habitacion se encuentra tierna jovencilla florentina, de diez y ocho abriles, fresca y pura como una rosa. A su lado asiéntase vetusta dueña que la mira y la ceta como un perro. Ambas vuelven de paseo, y consagran asiduamente la noche á labores propias de su sexo, á primoroso bordado de sedas de colores é hilillos de plata y oro, sobre riquísimo paño de grana. Todo cuanto las rodea, denota mucho mas que el bienestar, denota el lujo. Los sillones son altos, elegantísimos, tallados con primor y cubiertos de cueros cordobeses ó cordobanes, en cuyos relieves diríase que abren sus corolas matizadas las flores, y vuelan las pintadas aves, y lucen las brillantes estrellas. Al pié de estos sillones hay mullidas almohadas de tisú de plata con áureos realces. El suelo está cubierto de orientales alfombras y las paredes de preciosos tapices. A un lado se vé gótico reclinatorio, puesto ante hermosa efigie de la Virgen, sobre cuyo rostro angelical se refleja la tibia luz de argétea lámpara admirablemente cincelada, y que luce en artística combinacion los símbolos del catolicismo mezclados con los recuerdos de la mitología. A otro lado se vé un aparador lleno de frascos y tarros, que contienen preciosas esencias y peines de marfil por maravillosa manera esculpidos. No acabariamos nunca, si hubiéramos de describir aquí todas las preciosidades contenidas en aquel santuario de la juventud y de la hermosura.

Y en ecto, lo merecia la jóven á quien estaba consagrado. Era una hermosura verdaderamente italiana; erguida y airosa en su actitud y en su porte; de breve talle y anchos hombros; el rostro ovalado y distinguidísimo; la color morena; los ojos rasgados y grandes; la frente dilatada y plácida; los la-

bios finos y la dentadura nacarada; la sonrisa angelical, por lo placentera y por lo serena: de suerte que rendía y cautivaba con el imperio de tantas gracias los corazones y las voluntades mas rebeldes, como sér predestinado á la felicidad y al amor.

Veíase que llegaba de las ruidosas fiestas, porque traía rico traje de calle. Largo vestido de seda la envolvía y se arrastraba en rozagante cola. Muchos bordados de seda circuidos con franjas de oro adornaban y embellecian el vistoso traje. Su corpiño de terciopelo llevaba las mangas de igual tela é iguales bordados que el traje. Un cuello de rica blonda surgía del corpiño y se elevaba tanto que se confundía casi con las trenzas. Largo y blanco velo, que contrastaba con la color negra de sus cabellos semejantes á sombras, caía en pliegues graciocísimos por la espalda. Y una cadena se ligaba á su garganta, llevando ceñido ancho medallon de oro en el centro del cual brillaba rica piedra preciosa, cuyas facetas descomponian en chispas multicolores la luz de las bujías. Tanto gusto y riqueza tanta realizaban con sus innumerables atractivos, las gracias y la hermosura de la jóven.

Como ha de ocupar una parte tan importante en la vida que vamos historiando, conviene detenernos un momento en su presencia. El nombre es Lucrecia Buti; el estado, hija única de rico florentino que la adora y que se mira en ella como en su único cielo. Mucho debe cuidarla, porque tiene la edad de los peligros y de las asechanzas, en que la primavera de la vida mueve la sangre con grande impulso é inspira peligrosas ilusiones. Jóven, rica, hermosísima, heredera única al cuidado de regañona dueña, Lucrecia camina sobre abismos ocultos, trás falsos tapices de flores y bajo nubes de engañosas mariposas. Amar es la necesidad primera de todo corazon femeníl; pero mas de los corazones que no sienten otras inquietudes de la vida, y que desde su mullido y tranquilo nido de plumas descubren el cielo encendido por la llama de pasiones, las cuales vienen á ser como reflejo en los horizontes del incendio de sus almas que se escapa por los ojos. El padre de Lucrecia lo comprende así claramente y quiere casarla con un noble de las primeras familias toscanas, cuyos castillos feudales se levantan sobre la falda occidental del Apenino. Pero Lucrecia, no lo vais á creer, está enamorada de un fantasma, sí, de un verdadero fantasma. Era un aparecido que vagaba entre las sombras y á quien jamás habia podido verle la cara ni arrancarle una palabra. A las altas horas de la noche andaba por las cercanías. Algunas veces saltaba las tapias, como si en vez de persona fuera gigantesca ave. Ya discurría por los tejados, ya bajaba á los jardines. Las gentes de la vecindad lo creían ó un diablo ó un alma en pena. Pero Lucrecia con esas adivinaciones propias del amor, habia comprendido que se trataba de alguna misteriosa pasion y de algun misterioso apasionado. Y jóven, exaltada, sensible, fantaseadora, despreciaba al enamorado fácilmente rendido á sus piés, y se iba tras de aquel sér sobrenatural, nunca visto, nunca revelado, nunca

aparecido, sino mediante el eco de un suspiro que indicaba un pecho ardiente como las fraguas, ó el relámpago de una mirada abrazadora que revelaba las mas exaltadas pasiones. Semejante estado de ánimo inquietaba al bueno de Buti, impaciente por ver casada á su hija, y preocupado por no poder averiguar la causa de su resistencia al casamiento. Así es que la jóven y la dueña callaban á una, como sucede siempre á los ánimos embargados por profundos pensamientos, los cuales convidan, como es natural, á un profundísimo silencio. Pero de pronto este silencio fué cortado por extraño ruido proveniente de los vidrios que cerraban la altísima ventana de la estancia.

—¡Jesus, María y José!

Gritó la dueña persignándose.

—¿Qué te sucede? ¿Qué has visto?

—No he visto nada: pero he oído, Lucrecia.

—¿Qué has oído?

—Pues qué? ¿tú no oíste? ¡Ay, Dios mio! ¿si será una advertencia que me anuncia la muerte ó un alma en pena que viene por mí del purgatorio? Pues yo he cumplido todas las mandas; yo he dicho todas las misas; yo he observado al pié de la letra, todos los testamentos; yo he rezado todos los padre nuestros que me han impuesto en las penitencias.....

—Pero, mujer, estás desatinada.

—¿Has oído el ruido?

—Unas cuantas gotas de lluvia en los vidrios; helo ahí todo. ¿Te parece motivo para esas halaracas?—Cualquiera diria que olías á azufre.

—No me hables, porque no ganamos para sustos. El diablo en persona ronda por los alrededores de esta casa. No hay vecino que no haya visto la sombra negra crecer hasta tocar en el tejado, ó disminuir hasta perderse en la tierra; volar como un águila, correr como un caballo, arrastrarse como una culebra.

—¿Qué cosas veis? Pues yo nada de eso he visto.

—¡Ay Hija mia! Debes indudablemente estar en gracia de Dios, ó ser la primera víctima de las diabólicas asechanzas, capaces de cegarte y ensordecerte con el fin de evitar tu defensa en trance supremo, impidiéndote hacer la señal de la cruz, ó invocar el dulce nombre de María. ¿Qué refugio queda contra espíritus malignos, los cuales burlan hasta los cerros? Mira, Lucrecia, yo no descanso hasta arrojar sobre la ventana con el hisopillo algunas gotas del agua bendita que tienes ahí en la pila traida por el cura.

—Haz lo que quieras, Brígida.

—¡Diablo! ¡Satanás maldito! retrocede al dulce nombre de Jesus y de su Madre Santísima, y al rocío de estas gotas de agua bendita.

Y despues de haber exorcizado la ventana persignáronse ambas mujeres, la una por devocion, la otra maquinalmente.

—¡Ay!

Gritó Lucrecia.

—¿Qué hay? ¿Te han pinchado?

—No. Hay que viene.

—¿Quién?

—Guido.

—¿El galan impertinente?

—El galan impertinente.

—¿Cuándo se persuadirá de que no le amas?

—Nunca.

—Es bien machaca.

—La culpa es de mi padre que mantiene sus esperanzas.

—Mas como no basta el consentimiento de tu padre, sino que se necesitan tambien tu voluntad y tu mano.....

—Verás como viene peinado, vestido de gala, con los ojos tristes y los abios contraídos, recitando frases de nuestros mejores poetas, en prueba de un amor erudito y trasnochado.

Efectivamente, Guido de Montaperto entró, gozoso como conviene á la juventud, fresco y alegre como la primavera, florido como arbusto en mayo, calzado de suerte que bajo los lazos y hebillas desaparecian los piés, vestido con gola apretada, rico juboncillo, calzon á la sevillana, es decir, bombacho, medja de seda con ligas desmesuradísimas, prendidas por historiadas rosetas, y gran número de macizas bolillas de oro por todos los principales pliegues de su veste, que, á no permanecer silenciosas, creeríanse gruesos cascabeles. Ninguna faccion sobresaliente en aquel rostro vulgar, aunque no feo; ningun rasgo en aquella fisonomía, poco expresiva y abierta: bigote largo, frente corta, barba bien aderezada, aunque rara, nariz correctísima, y grandes, si bien parados, ojos.

Brígida lo recibió con profundísima reverencia y Lucrecia con ligerísima sonrisa. En cuanto á él, desde los primeros pasos y las primeras palabras y los primeros gestos, reveló como venia resuelto á sitiar y rendir por todos los medios imaginables aquella fortaleza á sus caricias inexpugnable. Dejólo en verdad Lucrecia que tomara la conversacion por donde quisiera y escogió el tema principal y favorito, el fantasma. Dos casos raros sucedian en esto: primero, la agilidad del dichoso aparecido que rayaba en sobrenatural; y segundo, el miedo público, el miedo de vecinos, de rondas, de esbirros, de corchetes, de todo el mundo, contrastando con la serenidad de Lucrecia. Para cohonestar esta su indiferencia delante de aquel fantasma, que ya crecía hastar tocar en los aleros de los tejados, ya bajaba hasta desaparecer en el pavimento de las calles, inmenso endriago, murciélago gigantesco, singular gnomo unas veces, y otras desmedido gigante, necesitaba inventar alguna especiosa razon, y decia, sin atender á las exclamaciones, los exorcismos, las señales de la cruz con que la escuchaba Brígida, decia no haber